

## LOS BIENAVENTURADOS (Parte 2) Mateo 5:1-13

EL Sermón del Monte es uno de los mensajes más importantes que pronunció el Señor Jesús; es el más largo de todos. Describe el carácter de los creyentes frente a las situaciones de la vida diaria y la gran recompensa que recibirán de parte de Dios por su correcto comportamiento frente a esas situaciones, por hacer la diferencia. El Sermón del Monte (*Mt. 5-7*) comienza con *las bienaventuranzas*.

La palabra *bienaventurado* es una palabra bastante profunda en el pensamiento judío, así es que es necesario para nosotros entenderla para poder apreciar y valorar cada una de las bienaventuranzas y para querer anhelarlas en nuestras vidas. Es por ello que enfoqué solamente en esto la semana pasada. Sólo para recordar un poquito, dije que la palabra se traduce como *dichoso* o *feliz*, pero que va más allá de simplemente ser algo emocional. En el pensamiento judío indica el favor de Dios en grande, es decir, que algo bastante grande va a llegar a la vida de una persona, es la prosperidad que experimentan los hijos de Dios. Pero para los griegos del tiempo Bíblico también significaba algo muy profundo. Ya expliqué que la palabra es *makaríos*. Para que tenga una idea de lo profundo del significado de esta palabra, los griegos llamaban a la Isla de Chipre *hé makaría*, que quiere decir *La Isla Feliz*, porque creían que Chipre era tan preciosa, tan rica y tan fértil que no habría necesidad de buscar más allá de sus costas para encontrar la vida perfectamente próspera y feliz; Chipre lo tenía todo. *Makaríos* describe ese gozo tan grande que no se puede describir solo con palabras.

Cuando nos enfocamos en el aspecto cristiano, las bienaventuranzas son una promesa de Dios para todo creyente que las toma actuando en fe y obediencia. El Apóstol Pedro nos enseñó que las promesas de Dios son preciosas y grandísimas (*2P. 1:4*). No necesitamos buscar en nadie más, con Cristo lo tenemos todo para vivir la vida perfectamente próspera y llena de gozo. Como dice el Apóstol Pablo, con Cristo estamos completos (*Col. 2:10*), y como dice el Apóstol Juan, la recompensa de Dios es completa (*2Jn. 1:8*).

Las bendiciones que provienen de Dios son realmente prácticas; la palabra *bendición* no solo es una linda palabra, es el amor de Dios en

acción y el amor de Dios, créame, es inmensamente grande. De ahí que muchas veces se traduzca esta palabra como *dichoso* o *feliz*, porque este es el sentimiento que provoca tal promesa en la vida de las personas que creen. Las bienaventuranzas nos enseñan que la felicidad del creyente no depende de las circunstancias que viva, sino que depende de su comunión con Cristo. Todas las bienaventuranzas se refieren a la obra del Espíritu Santo trabajando en el creyente que de verdad quiere vivir como ciudadano del Reino. ¿Usted quiere de verdad vivir como ciudadano del reino o prefiere ser uno de la multitud? Si acepta, entonces el Espíritu Santo trabaja moldeando su carácter a la imagen de nuestro Señor Jesucristo y le va recompensando con grandes bendiciones (2Co. 9:7-9). Si acepta, pasará por situaciones muy difíciles que le motivarán a querer desistir y ser mejor uno de la *multitud* que escucha, pero que no se compromete; pero si se mantiene firme, el Espíritu Santo le llenará de fuerza, de paz y de gozo para que pueda lograrlo.

La mayor parte de las veces que se usa esta palabra en la Biblia, se nos dice quiénes son los bienaventurados, y/o por qué reciben esta bendición tan especial de parte de Dios. Por ejemplo, en nuestro Salmo de hoy durante el tiempo de alabanza, dice: *Bienaventurado el que Tú escogieres y atrajeres a Ti, para que habite en Tus atrios; Seremos saciados del bien de Tu Casa, De Tu Santo Templo*” (Sal. 65:4). Ser bienaventurado por Dios significa que esa persona es saciada por Dios. Ser saciado significa que es abundantemente lleno del bien de Dios. Como dije, es el amor de Dios en acción; ese amor que de la misma manera nosotros debemos mostrarlo a los demás. El Apóstol Juan dice: *“Hijos míos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad”* (1Jn. 1:18). Quien así lo hace recibirá la bendición de Dios, la recompensa de Dios; será un bienaventurado de Dios y, todavía más importante, reflejará el carácter de Cristo que se está formando y se está perfeccionando cada día en esa persona; mostrará que de verdad Cristo está en esa persona.

Las bienaventuranzas describen todo esto y por esto se dirigen directamente a los discípulos del Señor (vv.1-2), es decir, no sólo a los Apóstoles, sino a toda persona que ha escuchado y creído al mensaje de Cristo y lo ha confesado como Señor y Salvador y que lo sigue cada día (Lc. 9:23), aprendiendo de Él y respondiendo en obediencia a los que nos llama a hacer. Si usted es una persona de estas, si usted es un discípulo o discípula, o si quiere de verdad serlo, entonces este mensaje es para usted.

*“Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos” (v.2).*

La palabra griega que se utiliza aquí para *pobre*, describe, no a una persona que apenas tiene lo necesario para sobrevivir, o que vive humilde y sencillamente, sino que describe a una persona que no tiene nada, que está en extrema necesidad, en bancarrota, en total miseria; describe a un mendigo, un pordiosero, una persona que depende de la caridad de otros para sobrevivir; si un día no recibe nada, pasará muy mal su día, con mucha hambre y sintiendo debilidad y si la situación continúa así por unos días, su salud se verá afectada y puede incluso llegar a morir, como ocurre con tantas personas en el mundo cada día que mueren de hambre.

Algunas personas que viven en la pobreza se conforman con vivir de esa manera, se justifican diciendo que ese era su destino, que así lo quiso Dios y no hacen nada para salir de allí porque implica un esfuerzo grande, un compromiso real, un precio que no están dispuesto a pagar, aunque parezca una contradicción, parecen estar más cómodos en su necesidad. En el plano espiritual ocurre lo mismo, es decir, algunas personas se conforman con tener una religión, con asistir a una iglesia cuando les sobra un poco de tiempo, cuando no hay otra cosa *más importante* que hacer. Estas personas cuando oran sus oraciones están basadas solo en peticiones y quejas y se conforman con vivir así.

Pero el Señor Jesús dice que aquellos que reconocen tener una extrema necesidad de Dios, que dependen completamente de Dios (sin importar lo ricos que puedan ser), que saben que no pueden estar un día sin buscar a Dios porque se quedarían con hambre, débiles y desnutridos, que están conscientes de que si no buscan la misericordia de Dios cada día poco a poco se irán enfermando hasta morir espiritualmente, éstos serán saciados por Dios, es decir, serán llenos hasta el tope, o sea, serán bienaventurados. Estas personas ocupan un lugar de honor en el Reino de los Cielos, por eso pueden vivir felices, porque saben que han buscado de Dios y que Dios los llenará de su presencia; esa presencia que sana, que fortalece, que anima, que levanta.

Los pobres de espíritu son los que reconocen que sin Cristo nada valen, son los que reconocen una necesidad urgente de Dios, son los que reconocen que si algo tienen, poco o mucho, se lo deben al Señor y muestran su agradecimiento compartiendo con los necesitados y sirviendo en la obra. Por eso pueden depender de Él en todo sentido. Los pobres de

espíritu reconocen su propia flaqueza y debilidad y se aferran fuertemente a la promesa de que Dios mirará al pobre y al humilde de espíritu, al que respeta su Palabra (Is. 66:2).

¿Cómo está su relación con Dios hoy? Se ha conformado con la forma en que vive su fe, o es de los que necesitan más y más de Dios cada día?, ¿es de los que saben que no pueden estar un solo día sin buscar de Él, sin recibir de Él el alimento espiritual para su alma? ¿Usted es de las personas que bendice a Dios aunque esté pasando por muchas necesidades, o su fe depende de si Dios hace o no hace cosas buenas por usted? Espiritualmente hablando, nunca se conforme con lo que tiene o con lo que es hasta hoy, busque de Dios cada día con la misma urgencia como si no tuviera nada y recibirá la bendición de Dios. Usted será un(a) bienaventurado(a) de Dios.

*“Bienaventurados los que lloran, porque ellos recibirán consolación” (v.4).*

La frase *“los que lloran”* también se puede traducir como los que están pasando por *profunda tristeza*. Es la misma palabra que se utiliza, por ejemplo, cuando el Señor Jesús resucita y aparece a María Magdalena. Entonces María se fue a contarle a los discípulos del Señor; la Palabra dice: *“Yendo ella, lo hizo saber a los que habían estado con Él, que estaban tristes y llorando” (Mc. 16:10)*. De las nueve palabras griegas que se traducen como *tristeza* o *triste*, la que se usa aquí es la más fuerte de todas, de tal manera que también se traduce como *luto* como cuando el Señor habló sobre el ayuno diciendo que los invitados a la boda no pueden estar de luto en tanto el novio está con ellos (Mt. 9:15), o como cuando Jacob lloró al dar por muerto a su hijo José (Gn. 37:34). Se refiere a la tristeza más profunda que una persona pueda sentir. Por eso parecería una contradicción decir *“felices los que están tristes”*, pero en el lenguaje de Dios no lo es.

A veces es bueno sentir tristeza porque, si todas las cosas fueran siempre bien, tenderíamos a ver las cosas superficialmente; la tristeza nos hace reflexionar y valorar las cosas con mayor profundidad, nos hace sensibles. Muchas personas a la hora del dolor han descubierto a sus semejantes y Dios como nunca antes los habían visto.

La gente llora siempre por diversos motivos: enfermedad, dolor, pérdida material, orgullo herido, etc., pero no es a lo que se refiere este versículo. Hay tristeza que es santa y hay tristeza que no es santa (2Co.

7:10). Uno puede llorar pero de rencor o de envidia porque no le salieron las cosas como quería; esa no es una tristeza santa; hay quienes lloran por las consecuencias del pecado en sus vidas, pero no por el pecado en sí mismo. Pero hay quienes lloran con santidad en sus vidas; lloran de arrepentimiento por sus pecados al ver a un Dios tan bueno pero tan santo y al ver su propia condición sucia y deplorable delante de Él; lloran al ver el sufrimiento en el mundo, al saber que miles de personas mueren de hambre cada día, que son abusadas, que están enfermas y no hay cura; lloran por el pecado que domina al mundo, por el alcoholismo, la drogadicción, el narcotráfico, la prostitución, la pornografía que pervierte, el abuso doméstico, las violaciones, el asesinato (cada vez más frecuente y cada vez más sin sentido), etc.

La tristeza a la que se refiere el Señor es aquella que no puede contener las lágrimas al ver todo lo que ocurre en el mundo, al ver que el mundo se pierde porque no conoce a Cristo, que por esta razón aumenta el pecado traducido en violencia, en la injusticia social, en la legalización del aborto, del matrimonio homosexual, en el sacar las Biblias de las escuelas, en la discriminación, en el racismo, en la construcción de muros que dividen, etc. Solo un creyente superficial no se conmovió al ver todo esto que ocurre en su propia vida y en el mundo.

Alguien interpretó este versículo de la siguiente manera: *“Benditos los que están desesperadamente apenados por el dolor y el sufrimiento que hay en el mundo”*, y creo que capta toda la esencia de lo que está hablando el Señor Jesús. La Palestina de los tiempos del Señor Jesucristo sufría y se entristecía por el abuso de Roma y seguramente era lo que estaba viendo el Señor cuando enseñaba y se conmovía al ver el sufrimiento del pobre. Pero hay una esperanza para todos ellos que lloran: Jesucristo les ofrece consolación. La palabra *consolación* se puede traducir literalmente del griego como *“llamar cerca”*, esto es, Dios le hablará suave y tiernamente al oído al creyente animándole, y trayendo paz, gozo y esperanza.

### **Conclusión.**

Por la situación que vivimos día a día, por las cosas que vemos que pasan en el mundo, por las tentaciones que enfrentamos en el diario vivir, por el pecado en el mundo que crece cada vez más y hace que la gente se pierda sin Cristo, sin fe y sin esperanza, pareciera que el Sermón del Monte se escribió hoy.

Las bienaventuranzas no son solo un conjunto de dichos bonitos; son un llamado a hacer la diferencia en el mundo mostrando lo que Cristo hace en la vida del creyente. Quien así lo hace será bienaventurado por Dios, es decir, la grande bendición de Dios estará sobre el creyente obediente. Dios mismo nos dará los recursos necesarios tanto espirituales como materiales para hacer la diferencia en el mundo.

Las bienaventuranzas nos hacen reconocer la gran necesidad que tenemos de Dios cuando nos comparamos nosotros mismos con ellas y nos damos cuenta de que todavía nos falta mucho para parecernos al Señor Jesús. Las bienaventuranzas no son solo un relato histórico bonito y emotivo que ocurrió hace 2,000 años para los judíos; las bienaventuranzas son un llamado para la iglesia de hoy. Las bienaventuranzas no son informativas sino que demandan una respuesta de parte de nosotros.

Todo creyente anhela ser un bienaventurado del Señor pero no todos están dispuestos a pagar el precio. Las bienaventuranzas nos enseñan que la felicidad y el gozo no dependen de las circunstancias tan difíciles que a menudo vivimos, sino de nuestra relación con el Señor. Las bienaventuranzas nos muestran si el carácter de Cristo se está formando en nosotros o no y, en consecuencia, si somos de verdad ciudadanos del Reino o no.

El Sermón del Monte fue escuchado por una gran multitud, pero fue atendido solo por sus discípulos. Y mi oración es porque usted y yo seamos del grupo de los discípulos y no de la multitud. Si somos del grupo de los discípulos que atendieron al mensaje del Señor, podemos contar con que el Señor derramará grandes bendiciones sobre nosotros para que podamos hacer la diferencia en el mundo, mostrando el amor de Cristo en acción y no solo de palabra. Amén... Vamos a orar...